

sión en aquel país y consiguió apoderarse por segunda vez de Carcasona. Sin embargo, la Septimania quedó en definitiva en poder de los visigodos y hubo de sufrir con España la dominación árabe, siendo preciso esperar el advenimiento de los Carolingios y el reinado de Pepino para que aquella hermosa región del Bajo Langüedoc formara parte del reino franco.

En tiempo de los hijos de Clotario, los pueblos germánicos permanecieron, al parecer, fieles á los francos á quienes pagaron regularmente su tributo. Los eslavos, establecidos detrás del Elba y del Saale, no eran todavía terribles; pero á principios del siglo VI cayó sobre Europa una segunda invasión de asiáticos. Los avaros, población emparentada con los hunos, llevando por delante inmensos rebaños, amenazan la Germania y en 562, al tener noticia de la muerte de Clotario I, invaden la Thuringia; pero son derrotados por Sigeberto á orillas del Elba. En 566 vuelven á la carga y esta vez Sigeberto es derrotado y hecho prisionero; sin embargo, con sus presentes y sus buenas palabras conquista á sus enemigos y aun firma un tratado con su jefe, el kakhán. Los avaros se juntan en la cuenca del Theiss con los restos de los hunos y ocupan en el Danubio medio una parte de los territorios que la marcha de los lombardos á Italia ha dejado vacantes, después de lo cual permanecen tranquilos hasta el reinado de Teodeberto y de Thierry. En 596 invaden nuevamente la Thuringia, y Brunequilda, que en aquel momento lucha con grandes dificultades, les da dinero para que se retiren. En los años siguientes, los historiadores no hacen mención alguna de los avaros, quienes terminan sin duda su establecimiento en la Pannonia. Más adelante, Carlomagno dará buena cuenta de esta tribu.

Durante este período de 561 á 613, consérvanse intactas las fronteras del imperio franco, salvo algunas incursiones de los avaros en Thuringia y de los visigodos en el Mediodía. Pero el impulso conquistador de los francos ha cesado: las expediciones de Childeberto á Italia no tienen más objeto que el saqueo y sus efectos no son duraderos, y Gontrán fracasa en la Septimania. Los reyes sólo imperfectamente logran someter á los bretones y á los vascos.

En cambio, la guerra civil no tendrá tregua. En estas luchas fratricidas no hay grandeza, ni generosidad ni casi valor, y todos los medios se consideran buenos para triunfar del adversario. Chilperico se alía con los magnates de Austrasia contra Childeberto, con lo cual se convierte en destructor de la autoridad real cuyas prerrogativas reivindica, y Fredegunda crea «la costumbre de asesinar á los reyes.» Las guerras civiles destruyen la unidad del reino, lo dividen definitivamente en cuatro partes enemigas, Austrasia, Neustria, Borgoña y Aquitania, y son, con la disolución de las costumbres y con los crímenes, la verdadera causa de la decadencia de los Merovingios.

Estas luchas van acompañadas de las más espantosas devastaciones y traen como consecuencia el bandolerismo y la miseria. Los habitantes arruinados se refugian en los bosques, los cuales se desarrollan en detrimento de los campos, envolviendo en sus sombras las ruinas de ciudades y villas, y puestos fuera de la ley se convierten, á su vez, en bandidos y se dedican á desbalijar

á los viajeros. Gregorio de Tours refiere que dirigiéndose á Borgoña se vió atacado en los bosques inmediatos al Bebre por bandoleros á quienes puso en fuga invocando á San Martín. Otros de los que han quedado arruinados se alistan en la multitud de vagabundos y de mendigos que van pidiendo limosna de puerta en puerta. Y el número de estas gentes aumenta sin cesar con las hambres que desuelan aquella población y con las epidemias que sobre ella se desatan.

En 571, la peste (*lues inguinaria*) causa en Auvernia numerosas víctimas: «Como faltaban sarcófagos y ataúdes, enterrábanse en una misma fosa seis cuerpos y hasta más. En un solo domingo contáronse trescientos muertos en una iglesia consagrada á San Pedro. La enfermedad mataba en dos ó tres días.» En 580, la disentería causó estragos en toda la Galia, lo que hizo creer á muchos en la existencia de algún veneno secreto. En 581, una nueva epidemia, la viruela, ocasionó innumerables víctimas. Los bosques y los pantanos multiplicaban las fiebres y la falta de higiene y de limpieza y la vida licenciosa favorecían la propagación de las enfermedades cutáneas, especialmente de la lepra, siendo encerrados ya los leprosos en hospitales especiales. Las enfermedades nerviosas abundan y á los santuarios célebres acuden los energúmenos que se creen perseguidos por demonios ó poseídos por animales inmundos y se revuelcan por el suelo echando espumarajos por la boca. De este modo aparecen todos esos males y todos esos contagios que tan triste aspecto dan á la Edad media.

Guerras civiles, bandolerismo, epidemias: tal es el resumen de este período de 561 á 613 en que zozobra la debilidad de los Merovingios. La raza de Clodoveo lleva ya impreso un estigma fatal. Un día el arzobispo de Tours, Gregorio, encontró en el vestíbulo de la villa real de Berny á Salvio, obispo de Albi; alejaronse un poco los dos amigos, y de pronto Salvio, designando aquella vivienda, preguntó: «¿Ves tú lo que yo distingo en aquel tejado?—Veo un palomar que el rey acaba de hacer construir, respondió Gregorio.—¿Y no ves nada más?—No, replicó el prelado creyendo que su compañero bromeaba. Si tú ves algo más, dílo.—Veo, repuso Salvio dando un gran suspiro, la espada de la cólera divina suspendida sobre esa casa.»

CAPITULO III

EL REINO FRANCO DESDE 613 Á 714

I. El reino franco durante los reinados de Clotario II y de Dagoberto I (613-639).—II. Los mayordomos del palacio en Neustria, Austrasia y Borgoña hasta la batalla de Tertry (639-687).—III. El principado de Pepino II (687-714).

I.—*El reino franco durante los reinados de Clotario II y de Dagoberto I (613-639) (1).*

Vencida y muerta Brunequilda, el hijo de Chilperico y de Fredegunda, Clotario II, que contaba treinta años, era dueño de la monarquía franca, desde los Pirineos hasta la desembocadura del Rhin, y allende este río eran tributarias las poblaciones germánicas que se ex-

(1) FUENTES.—La principal fuente es también la crónica llamada de Fredegario. Consúltense asimismo las *Gesta Dagoberti I regis Francorum*, editadas por Krusch en los *Scriptores rerum merovingicarum*, tomo II, pág. 396. Esta obra, como lo ha de-

tendían hasta el Elba. Pero Clotario, que no había sido más que un instrumento de la aristocracia, hubo de pagar el precio de la victoria, primeramente haciendo grandes concesiones á los señores y luego reconociendo una especie de independencia á la Austrasia y á la Borgoña.

En 10 de octubre de 614, reunióse en la basílica de San Pedro de París un concilio compuesto de 79 obispos que adoptó acuerdos importantes, y en la misma 614 fecha expusieron sus reclamaciones los magnates laicos, siendo aquéllos y éstas sometidos conjuntamente al rey. Clotario hizo algunas reservas acerca de ciertos puntos de importancia, pero cedió en cuanto al fondo de las peticiones. El célebre edicto de 18 de octubre proclama la libertad de las elecciones episcopales con algunas restricciones (1) y amplía la competencia de los tribunales eclesiásticos. El rey se obliga á no tomar bajo su especial protección á ningún clérigo sin la aquiescencia de su obispo, y á respetar los testamentos de los particulares en favor de las iglesias; suprime las tasas injustas y promete no percibir más derechos de aduanas que los que estuvieron en uso en tiempo de Gontrán, de Chilperico y de Sigeberto. Los condes han de ser elegidos en el territorio mismo cuya administración se les confía; más adelante veremos cuáles fueron las consecuencias de esta medida, así como nos ocuparemos también del artículo por virtud del cual se confirman todas las donaciones hechas por los reyes á los magnates (2). En lo sucesivo nadie podrá ser condenado sin haber sido oído. El rey se declara sometido á la ley: «Si alguien nos arrancase subrepticamente y engañándonos alguna concesión contraria á la ley, esta concesión no tendrá ningún valor.» Es verdad que el poder real es todavía muy grande, que el rey conserva la plenitud de su poder legislativo y que si limita su autoridad lo hace voluntariamente y por propio impulso; pero no lo es menos que la monarquía deja de ser absoluta como era en tiempo de Chilperico.

En el mismo momento acababa de desaparecer la unidad del reino. Las largas guerras civiles crearon evidentemente regiones políticas: á la Austrasia y á la Borgoña se opone en adelante el país llamado *Neuster*, que más tarde será la Neustria (3). Clotario hubo de

mostrado Krusch en las «Forschungen zur deutschen Geschichte,» tomo XXVI, pág. 163, es anterior á 832 y tiene cierto valor histórico. Las biografías de San Eloy (*Eligius*), de San Ouen (*Audoenus*) y muy especialmente la de San Arnulfo (*Arnulfus*) nos proporcionarán algunos datos. Respecto de todas estas vidas de santos, véase Augusto Molinier, *Les sources de l'histoire de France*, París, 1902.

OBRAS DE CONSULTA.—Las historias generales de la época merovingia citadas. Albers, *Koenig Dagobert in Geschichte, Legende und Sage*, Worms, 1882, segunda edición, 1884. Brosien, *Kritische Untersuchungen der Quellen zur Geschichte Dagobert I*, Gotinga, 1868. Krusch, *Zur Chronologie der Merowingischen Koenige* en las «Forschungen zur deutschen Geschichte,» tomo XXII, páginas 451-490. E. Vacandard, *Vie de Saint Ouen, évêque de Rouen*, París, 1901.

(1) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 1.º

(2) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 1.º

(3) Véase J. Servais, *La Neustrie sous les Merovingiens*, Turin, 1889. El sentido de la palabra *Francia* es todavía muy vago en la época merovingia, pues lo mismo se aplica á todo el reino franco que á una de sus regiones, designando indiferentemente la Neustria ó la Austrasia. Véase Bourquelot, *Sens des mots France et Neustrie sous le régime mérovingien*, en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1865, págs. 567 y siguientes.

nombrar para cada uno de estos países un mayordomo del palacio especial, jefe de los funcionarios y de los magnates: Landri fué mayordomo del palacio de la Neustria, Radón de la Austrasia y Warnacario de la Borgoña; á este último el rey le juró que nunca sería desposeído del cargo. Hubo, pues, tres reinos bajo un solo rey. En cuanto á la Aquitania, explotada en común por los francos, está á punto de rebelarse.

La Austrasia, que desde el año 561 había tenido siempre un rey propio, no tardó en reclamar uno, pues los magnates sabían de sobra que sus probabilidades de obtener dignidades y riquezas aumentarían desde el momento en que tuvieran un soberano á ellos sometido. Clotario les envió en 623 á su hijo pequeño, Dagoberto, para que gobernara el país comprendido entre las Ardenas y las Faucilles; pero ni los austrasios ni Dagoberto se contentaron con este fragmento de reino, por lo que Clotario se vió obligado en 626 á resucitar el antiguo reino de Austrasia en toda su extensión é incluso la Champaña, conservando sólo para sí los anejos austrasianos de la Aquitania y de la Provenza.

Dos hombres ejercieron la autoridad en Austrasia en nombre de Dagoberto, un laico y un prelado: el primero, Pepino, respecto de cuyo origen no tenemos dato alguno, fué mayordomo del palacio en lugar de Radón; el segundo, Arnul, era obispo de Metz (4). Era este último de familia ilustre, pero todas las genealogías posteriores que le hacen descender, bien de los prelados de Metz sus predecesores, bien de los santos preclaros de Aquitania, son inventadas; ignórase asimismo el lugar de su nacimiento, pues la tradición que lo supone nacido en Lay-Saint-Christophe, cerca de Nancy, no tiene ninguna autoridad. Joven todavía, entró en el palacio del rey Childeberto II y fué «recomendado» (5) al mayordomo Gondulfo, habiendo completado en la corte su educación y aprendido el oficio de las armas. Después se casó y tuvo dos hijos, Clodoaldo, que le sucedió en el obispado de Metz, y Ansegiselo, á quien más adelante, cuando se habrá popularizado la leyenda de Troya, se denominará Anquises, abandonando luego la corte para ejercer en seis condados las funciones de administrador del real patrimonio (6). Habiendo quedado en aquel entonces vacante la sede de Metz, el rey Teodeberto puso en ella á Arnul, quien en un solo día recibió todos los grados de la clericatura (612). Con Pepino fué Arnul autor de la revolución que precipitó á Brunequilda y con él fué también, en nombre de Dagoberto, dueño de la Austrasia; pero en 627 se retiró al lado de su amigo Romarico, que había fundado un monasterio (7) en la montaña

(4) Véase la obra de Bonnell, *Die Anfänge des Karolingischen Hauses*, Berlín, 1866; y sobre todo *Die Regesten des Kaiserreichs unter der Karolingern*, antiguo trabajo de Böhmer completamente rehecho por Mühlbacher, segunda edición, Innsbruck, 1899, en el que están reunidos todos los textos relativos á los Carolingios. Véase Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, Stuttgart, 1896. Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, tomo VI: *Les transformations de la royauté pendant l'époque carolingienne*.

(5) Respecto de la recomendación, véase más adelante, capítulo IV, párrafo 4.º

(6) Usó el título de *domesticus*. Véase más adelante, capítulo IV, párrafo 2.º

(7) Este monasterio se llamó posteriormente Remiremont, *Romarici mons*, del nombre de su fundador.

de Habendum, desde la cual se dominaba el Mosela, siendo reemplazado en su cargo de consejero del rey por el obispo de Colonia, Cuniberto. Poco después de su muerte, acaecida en 641, fué venerado como santo. Su hijo Ansegiselo se casó con una hija de Pepino, á la que algunos documentos posteriores llaman Begga, habiendo nacido de este matrimonio la familia Carlovingia.

En los comienzos del reinado de Clotario estallaron algunas revueltas en Borgoña, en el país situado allende el Jura: los señores, no queriendo reconocer al duque Herpón, que Clotario les imponía, se sublevaron y dieron muerte á aquél; el rey envió á algunos de los jefes rebeldes á su *villa* de Marlenheim, en Alsacia, y les hizo asesinar; otros, atraídos á la *villa* de Malay-le-Roy (1), junto á Sens, fueron igualmente ejecutados. Mas comprendiendo el monarca que para mantener su autoridad en Borgoña era preciso hacer concesiones, recibió en Bonneuil-sur-Marne (2) á los obispos y señores de la región, que constituyeron una asamblea distinta de la de los austrasios y de los neustrios, y escuchó y atendió sus reclamaciones. En 627 murió el mayordomo del palacio Warnacario. ¿Intentó el hijo de éste, Godín, usurpar su cargo y hacer hereditaria esta dignidad en su familia? No se sabe; lo que sí se sabe es que Clotario le atrajo á una emboscada y le hizo dar muerte. Los magnates de Borgoña, reunidos en Troyes, declararon entonces que no tenían ninguna necesidad de mayordomo del palacio y que preferían tratar directamente con el rey (627).

La causa de esto estriba en que el mayordomo del palacio se todavía un órgano de autoridad y los señores quieren hacerse independientes y disponen ya de algunas partidas armadas formadas por servidores suyos y de personas que se han puesto á su disposición. Un día, en Saint-Ouen-sur-Seine, Clotario reunió á los obispos y magnates de Neustria y de Borgoña, y habiéndose cometido un asesinato en la asamblea, el asesino llamó á los suyos y se retiró á la colina de Montmartre, adonde fueron á sitiarle los parientes de la víctima, necesiándose toda la energía del rey para restablecer la paz. De suerte que mientras el reino se subdividía en tres (*tria regna*), cada uno de los nuevos Estados comenzaba á fraccionarse en señorías.

Clotario II murió en 18 de octubre de 629 y fué enterrado en la iglesia de San Vicente, en donde se ha encontrado su epitafio.

Dagoberto, que al morir su padre tenía unos veintiséis años, se propuso restablecer la unidad, á cual efecto hizo excursiones á Neustria y á Borgoña en 629-630, actuando cada día en su tribunal, haciendo severa justicia, sin consideración á las personas, durmiendo apenas y comiendo poco. Estuvo sucesivamente en Langres, Dijón, Saint-Jean-de-Losne, Chalon-sur-Saone, Autún, Auxerre y Sens, y luego estableció su residencia en París. En Austrasia, Pepino, mal visto por Dagoberto,

(1) Cantón y distrito de Sens (Yonne).
(2) Cantón de Charenton-le-Pont (Sena).



Sello de Dagoberto.
(Archivos nacionales, París.)

perdió toda su autoridad y se refugió en Aquitania, y desde aquel momento no hubo, al parecer, más que un solo mayordomo del palacio, Ega, para las tres porciones en que se hallaba dividido el reino.

Dagoberto tenía un hermano, Cariberto, con quien debiera haber repartido sus Estados, á tenor de los usos francos; pero, como en otro tiempo Brunequilda, rompió con la costumbre y quedó de rey único, si bien algo más tarde decidióse á emplear á aquel hermano en el Mediodía.

La Aquitania (3) había conservado en el reino franco un carácter aparte: los visigodos habían sido absorbidos por los galo-romanos, y los francos jamás se establecieron en masas compactas al Sur del Loira, sino que se repartieron este país como botín. Los aquitanos, que todavía sentían la influencia de la civilización latina y formaban una especie de nacionalidad, toleraban á duras penas la dominación de los francos, cuya brutalidad y rudeza detestaban; por esto apoyaron las rebeliones de Cramne y de Gondovaldo. Sin duda para darles en cierto modo satisfacción y á la vez para mantenerlos en su obediencia, envió Dagoberto á aquel país á su hermano Cariberto, confiándole la administración de los condados de Tolosa, de Cahors, de Agén, de Perigueux y de Saintes, y creando de este modo una verdadera marca enfrente de los vascos, siempre temibles (4). Cariberto fijó su residencia en Tolosa, venció á los vascos y extendió su dominación hasta los Pirineos; pero murió en 632 dejando un hijo de corta edad, Chilperico, que no vivió y del que «se dijo que había sido asesinado por el partido de Dagoberto.» El rey puso nuevamente bajo su dominación directa á aquellas comarcas del Sur y la Aquitania continuó sometida al imperio franco hasta el año 670, en que rompió los lazos que con él le unían, creando sus señores dinastías locales (5).

La unidad del reino estaba restablecida y los señores y los obispos se vieron obligados á obedecer al rey, el cual mandó abrir una información acerca de los bienes del fisco que habían sido cedidos á las iglesias y á los magnates y recuperó gran número de ellos, contra lo que disponía el edicto de 614. A fin de evitar el aumento de los bienes de mano muerta, confiscó una porción de fincas que habían sido legadas por particu-

(3) Véase Fauriel, *Histoire de la Gaule méridionale sous la domination des conquérants germains*, París, 1836, cuatro volúmenes en 4.º. Perroud, *Les origines du premier duché d'Aquitaine*, París, 1883. Bladé, *La Vasconie cispyrénéenne jusqu'à la mort de Dagobert I*, Le Puy, 1891, en 8.º; del mismo, *L'Aquitaine et la Vasconie cispyrénéenne depuis la mort de Dagobert I jusqu'à l'époque du duc Eudes*, Le Puy, 1891, en 8.º.

(4) Las poblaciones de Aquitania hicieron, al parecer, causa común con los vascos. En 626-627 un tal Paladio y su hijo Senoc, obispo de Eauze, fueron desterrados porque el duque Egina les acusó de haber sido cómplices en una rebelión de los vascones.

(5) En el siglo VIII un erudito español, don Juan Tamagno de Salazar, quiso hacer descender la casa de Aragón de estas dinastías, y á éstas, á su vez, de los Merovingios; para ello inventó un diploma de Carlos el Calvo, firmado en Alaón, en el que, para los fines de esta genealogía, atribuye tres hijos á Cariberto. Esta falsificación ha inducido á error á los sabios y ha producido una verdadera confusión respecto de la historia del Mediodía durante el período merovingio. Véase Rabanis, *Les Merovingiens d'Aquitaine. Essai historique et critique sur la charte d'Alaon*, París, 1856. Bladé, *La charte d'Alaon et ses neuf confirmations*, 1891, en 8.º.

ares á los obispados y á las abadías, con lo que el fisco se enriqueció y la corte se volvió lujosa. Dagoberto era muy aficionado á las artes, en particular á los trabajos de orfebrería, delicadamente cincelados, y regaló á la abadía de Saint-Denis hermosos ornamentos de oro fabricados por su tesorero Eloy, que después fué obispo de Noyón.

Aquella corte brillante fué, en verdad, lugar de escándalo: el rey repudió á su esposa Gomatrudis para casarse con una muchacha de humilde cuna, Nantequilda; otras dos mujeres fueron tratadas como reinas, y sus concubinas fueron innumerables, de modo que por algo más que por su estricta administración de justicia mereció Dagoberto ser comparado con Salomón.

La Iglesia censuraba al rey por estos excesos, pero al mismo tiempo reconocía sus grandes servicios. Los obispos por él elegidos fueron honra de sus sedes: así Eloy, el referendario Ouén y el tesorero Didier lo fueron respectivamente de las de Noyón, Ruán y Cahors. Los monasterios se enriquecen y se crean otros muchos nuevos; Saint-Denis, en donde el rey ha escogido sepultura, obtiene importantes privilegios; Ouén funda en Champaña la abadía de Rebais, su hermano Adón la de Jouarre para mujeres, y Eloy crea en el centro el monasterio de Solignac. En Austrasia erigese Remiremont tomando por modelo á Luxeuil, y en la selva de las Ardenas surgen las dos casas gemelas de Stavelot y Malmedy. Reanúdase la obra de la misión cristiana, siendo ésta la época en que San Amando lleva la religión de Jesús á las Flandes y al país de los vascos (1). La Iglesia venera muchos santos que vivían en tiempo de Dagoberto.

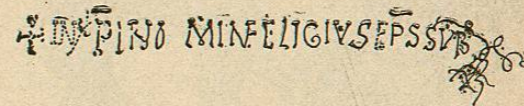
Este conservó el imperio de los francos por medio de la política y de las armas. En 637 envía contra los vascos sublevados un ejército en que se juntan once duques y gran número de condes y que, penetrando por los desfiladeros pirenaicos, incendia casas y roba rebaños. El duque de los vascos acudió á la corte á prestar juramento de fidelidad, y Judicael, el caudillo de los bretones del Domnoné (2), presentóse también en la *villa* real de Saint-Ouen para excusarse por los daños causados á los francos y prometer obediencia. Dagoberto intervino en los sucesos de España substituyendo á un rey de los visigodos por otro y haciéndose pagar doscientos mil sueldos de oro como precio de su concurso. A Crotario, rey de los lombardos, obligó á reunirse con su esposa Gondeberga, que era una princesa franca. Es, en suma, un rey superior en la Europa de aquel entonces.

Un gran Estado acababa de constituirse en la frontera Este del reino: los eslavos, que habían avanzado hasta el Elba y el Saale, habían fundado colonias en la cuenca del Main y ocupado la Bohemia, la Estiria, la Carinthia y la Carniola. Estas poblaciones se dividían en un gran número de tribus: croatas y eslovenos, en los Alpes; tcheques, en Bohemia; sorabios, wiltzes y obodritas, á lo largo del Saale y del Elba. Muchas de

(1) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 3.º

(2) La Bretaña se dividió en tres partes: del Bro-Waroch ya hemos hablado anteriormente; al Oeste habíase establecido los *Cornovii*, procedentes sin duda de Cornuailles; y al Norte, desde el Couesnon hasta la rada de Brest, extendiase la Domnona, cuyos habitantes son, al parecer, originarios del país de Devón.

ellas habían reconocido la dominación de los pueblos vecinos de distinta raza: ostrogodos ó bávaros germanos, avaros de raza mongólica. Pues bien: á fines del siglo VI un franco, llamado Samo (3), que fué al país de esos eslavos, ó wendes, como todavía se les llamaba, con objeto de comerciar, ayudóles en su lucha contra los avaros, y habiéndoles librado de su dominación fué por ellos proclamado rey. La elevación de aquel hombre, que no tenía otra condición que la de ser libre, fué un acontecimiento extraordinario. Samo fundó un reino cuyo centro estaba en Bohemia y que se extendía desde el Havel hasta los Alpes de Estiria, y ofreció su alianza á Dagoberto, el cual cometió el error de no aceptarla: «No es posible, parece que dijo su embajador en aquellos países, que gentes cristianas y servidoras de Dios se unan con perros.» Samo metió al embajador en la cárcel, y Dagoberto envió un ejército que fué derrotado á orillas del Egra en 632. El rey franco, para tener á raya á los eslavos, creó el ducado de Turingia.



Firma de San Eloy: *In christi nomine Eligius episcopus subscripsi*
(Archivos nacionales, París.)

especie de marca de vanguardia, y les hizo atacar por los sajones, comenzando entonces la lucha entre los germanos y los eslavos que llena toda la historia de aquellas regiones y que, bajo formas apropiadas á nuestra civilización, continúa aún en nuestros días. Samo, al fin, vióse obligado á firmar la paz, pero conservó su reino hasta su muerte, acaecida en 658. Seguramente había abjurado el cristianismo y abrazado la religión de los eslavos; tuvo doce mujeres que le dieron veintidós hijos y quince hijas. Muerto él, su reino se vino abajo, así es que Carlomagno se encontró en presencia de tribus eslavas muy divididas.

Dagoberto estuvo en relación con los búlgaros, población de raza húnica que más adelante había de adoptar las costumbres y hasta la lengua de los eslavos. Salidos de las llanuras de Rusia, habían atacado á los avaros; vencidos por éstos, nueve mil de ellos pidieron asilo en el reino franco á Dagoberto, quien les permitió pasar el invierno en Baviera, á través de la cual se dispersaron; pero los bávaros se conjuraron contra ellos, y una noche, á una señal dada, les asesinaron, pudiendo salvarse solamente unos centenares, que se refugiaron en el país de los eslavos.

Búlgaros, avaros, pueblos húngicos ó pueblos eslavos amenazaban al imperio bizantino, lo propio que al reino franco; natural era, por consiguiente, que los soberanos de ambos países llegaran á una inteligencia. Reinaba en aquella sazón en Constantinopla Heraclio, que acababa de derrotar á los persas y de rescatar los Santos Lugares, y cuya gloria se había difundido hasta Occidente. El cronista á quien se da el nombre de Fredegario habla de Heraclio en argos capítulos en los cuales la fábula se mezcla con la historia. En 631 el empe-

(3) Respecto de Samo, véase Palacky, *Jahrbücher des böhmischen Museums*, I (1827), 387-413. Pelzel en las *Abhandlungen einer Privat-Gesellschaft in Böhmen*, de Edler von Born, Praga, 1875.